ARTURO AMBROGI

El tiempo que pasa.....

SAN SALVADOR

1913

La Semana Santa en el pueblo

A mi muy estimado amigo el doctor
RAMÓN GARCÍA GONZÁLEZ.

EL tren parte entre el resoplar de los pistones y el traqueteo de los frenos. Parte lento, casi imperceptible al principio de la marcha. La campana repica estruendosamente. La chimenea vomita su densa columna de humo, que el viento de la mañana desfleca a medias. La marcha acelérase poco a poco. Van quedando atrás la Estación, aplanada como una tortuga, el kiosco pseudo-morisco de la Avenida, los *chalets* de las oficinas del Ferrocarril, el Oratorio salesiano, en medio de su compacto grupo de mangales ensangrentados por la irrupción de las hojas nuevas. Más atrás, contra el cielo, el cerro de San Jacinto eleva su joroba llena de remiendos, chichones y resquebraduras. A sus abolladuras se pegan los retazos de tul fangoso de las brumas, puestos allí como vendas sobre alguna herida.

Pasadas las agujas, el tren rueda vertiginoso, cosa inacostumbrada para este viejo armatoste, que no gusta de alterar su marcha reposada de camello. Pasa Casa Mata, como en visión de cine; pasa el Mesón de Merazo, con su cuartería como celdas de afanosa colmena y su patio calizo en el que remorean unos cuantos machos éticos y garrapatosos.

El día es gris..... El día es triste..... Impregnado el ambiente de fina humedad, que penetra, que mordisquea la epidermis como la punta de una pluma. El cielo, aborregado de brumas, parece tan cargado que de un momento a otro espérase se desate en lluvia. La noche anterior ha diluviado. Por la ventanilla del tren se domina el campo, húmedo todavía, luciente después del prolongado baño. El paisaje tiene, a veces, precisiones de pintura holandesa; otras, difumidades en la lejanía, vaguedades e imprecisiones de acuarela.

Pocos viajeros: a lo sumo, en el vagón de primera, catorce o quince personas. Éramos los últimos en abandonar la ciudad. Ayer han salido los trenes abarrotados de gente que se dirigía al balneario de la laguna de Coatepeque, o a alguno de los pueblecitos que forman gracioso rosario a lo largo de la vía férrea. Otros, los más poltrones, se han ido, en automóvil, a las riberas del lago de Ilopango. San Salvador se queda sólo, a la inversa de lo que antaño acontecía, cuando nuestra *muy honrada* ciudad era insuficiente para contener el crecido número de forasteros que de los cuatro rumbos del país acudía. ¡Cómo cambian los tiempos! Y las personas..... ¡Cuándo se hubiera visto, en esa época hoy rememorada con intensa melancolía, cómo se hubiera, ni concebido tan siquiera, que un sansalvadoreño abandonase así como así, por capricho, su casa, *la ciudad*, huyendo de las festividades de la Semana Santa? ¡En jamás de los jamases! Se la esperaba con ánsia: los católicos, con el alma contrita, conmovidos *retrospectivamente* por el recuerdo de la cruenta tragedia; contando los días, dedo por dedo, los estudiantes, a los cuales se abría la puerta de la jaula el propio Viernes de Dolores; el bolsillo bien provisto de dineros, el padre de familia para hacer frente a los gastos que los *estrenos* ocasionaban. Era la llegada de los días santos un gran, un inconmensurable acontecimiento. Y eran entonces los pueblos, a los que ahora vamos nosotros, los que se vaciaban, los que en caravana acudían a *nuestra*

ciudad, colmándola. En esos días San Salvador no era *nuestro* San Salvador; sus calles eran de ellos, no *nuestras*; en los Parques, ellos los que ahí imperaban como propietarios. El absolutismo del forastero era total. Por todos lados veíamos caras desconocidas; a la vuelta de cada esquina, nos dábamos encontronazos con los *bajados*, cuyos botines rechinaban estruendosamente en las aceras y cuya ropita despedia todavía el olor de alcanfor del armario poblano. San Salvador les pertenecía durante ocho días, de domingo a domingo. Nosotros quedábamos reducidos a desempeñar, quieras que nó, el triste papel de comparsas.

Ahora, como digo, los papeles se han trastrocado. Ellos ya no vienen a nosotros: se quedan tranquilamente en casa. En nuestras aceras, ya no rechinan estruendosamente sus botines nuevos, ni traspira el alcanfor de los trajecitos del *repique gordo*. Somos nosotros los que, aburridos, desesperados, tomamos el tren, y nos vamos en busca suya, á invadir sus casas, á importunarles con nuestra presencia.

II

Cuántas calles hay en el pueblo? Dos, cuatro, seis. No lo sé. Nunca he tenido la ocurrencia de contarlas. Sé que tiene una iglesia, dos, porque las he visto con mis propios ojos. Una, la Parroquia, tiene la pared trasera casi derruida; el pórtico inconcluso, con una torre sin rematar, y la otra sin principiarse siquiera. Sobre las tejas musgosas del techo, en el crucero en que los plastes de cal han tomado los matices del plomo, sestean los zopilotes. La otra, el Calvario, está allá, lejos, en los aledaños del pueblo, arrimada al panteón clausurado cuyas tapias destejadas yacen casi todas por tierra. La iglesia, sin encalar, con su campanario en armazón de horcones y vigas ennegrecidas, en que dormita, muda, la campanita oxidada y sin badajo; la

iglesia, en cuyas paredes agrietadas los moscones han hecho nido, permanece cerrada durante todo el año. Sus puertas, descascaradas, carcomidas, se han desplomado. Las arañas diligentes han tejido sobre ellas sus redes resplandecientes. En el dintel cuelgan restos de viejas banderolas de papel, descoloridos andrajos, que un día, frescos, alegres, conmemoraron la fiesta titular. En las jambas ha florecido turbamulta de hongos color de ladrillo, color de bronce. En el panteón, los hierbazos han desarrollado, dejando a duras penas despuntar los frágiles cálices de las macollas de lirios silvestres. En un extremo, un ángel broncíneo, descalabrada un ala, roñoso bajo la costra de polvo pertrificado, alza al cielo un resto de trompeta. Una potranca tordilla, sonta, el tronco de la cola comido por una enorme *chira*, va, despuntando, despaciosa, con golosidades de *gourmet*, lo tierno y sabroso del pasto. El pueblo posee un Cabildo; y frente al Cabildo, un ranchério de teja, en galeras, al que pomposamente se llama «el Mercado.» El Cabildo es de un piso, bajo, demasiado bajo. El portal es ancho, baldosado de ladrillos bermejos. Orillando la pared, hay unas bancas. Y en ellas, dormitan los alguaciles. A la una de la tarde, la puerta se abre; la ventanita se abre también. Llega un hombrecillo bajito, flaco, vestido de dril de cáñamo y sombrero de junco sin listón. Lleva unos legajos bajo el brazo, y con un pañuelo rojo, se limpia el sudor del cuello. Ese hombrecillo es el Secretario municipal. Penetra. Se oye el rastrear de una silla, el timbre de una cerradura que se abre, una tos seca. Luego, nada. El Secretario trabaja. Luego llega otro señor. Este otro señor es gordo, zapatón, barbado. El pantalón de mezclilla *sujetado* a la cintura por una *banda* de hilo azul y blanco. Sombrero de fieltro, abollado a la cima. Solemnemente lleva en mano un basótn de cuyo mango penden unas borlas de lana. Es el señor Alcalde. Penetra. Se oye el rastrear de una silla, una retazo de conversación, una tos cavernosa, «tos de rico.» Y luego, nada. El Alcal-

de, en su silla de brazos, prosigue el sueño interrumpido en su casa para dirigirse al Cabildo a llenar su «sagrada misión.» El «Mercado» cobra vida al amanecer. Es una colmena humana. Toda la actividad del pueblo se concentra en aquellas cuarenta varas cuadradas. Luego, al medio día, todo se acaba. Todo el mundo se va. Los ranchos de teja, quedan solos. Los perros husmean, escarban los montones de basura. El rescoldo de la hornilla de alguna cocina, humea aún. En el pueblo hay también una plaza, plantada de árboles, y en el centro, a la sombra de esos árboles, una pila. A la pila, mañana y tarde, acuden las muchachas con sus cántaros, a buscar el agua. Y en los charcos que los rebalses forman, unos cerdos se revuelcan a sus anchas. El pueblo tiene su herrero. Y cuando entráis, viniendo de la Estación ferrocarrilera, lo primero que os da la bienvenida es el canto de los martillos en el yunque. El herrero es de las personas más viejas del pueblo. Es toda una personalidad. Al amanecer, ya está él junto a la fragua, caldeando el hierro. El herrero es todo un hombre honrado. También lo es el barbero, que tiene su tienda en las vecindades de la Botica. La tienda del barbero es una de las curiosidades del pueblo. Tiene sus cuatro paredes tapizadas completamente de cromos, toda la gama de cromos: desde los del «hombre del bacalao» hasta los finos, sonrientes, de las Píldoras Rosadas, y de las estampas exóticas de la guerra ruso-japonesa, a las tarjetas postales iluminadas. El barbero es cosmopolita. El barbero es un gran hombre. El lo sabe todo; a él se lo cuentan todo. Para él no hay secretos; ni podría haberlos jamás. El es el que patrocina todos los rumores que corren. «El barbero lo dijo.» — Ya está. No hay apelación posible, rectificación alguna. Aquello es el Evangelio en cuatro palabras. El cura del pueblo es también «un buen hombre.» Poquita cosa, con su balandrán raído, con su rostro avellanado, con su boca de labios hundidos y finos como rasgos de lápiz. Todas las tardes le veréis

con su breviario encintado bajo el brazo, salir del Convento, y lento, despacioso, como numerando los pasos, irse hasta el Calvario; y luego, con el mismo paso lento, despacioso, volver a donde salió, sin abrir el breviario, sin cruzar una palabra con nadie, sin levantar los ojos del suelo. Las comadres, sentadas a las puertas, suspenden sus barboteos al verle atravesar. Las comadres son religiosas, «cumplen con la iglesia»..... ¡pero la lengua las tira! Murmuran de todo. La hora crepuscular es «su hora,» «su momento.» Por nada del mundo dejarían de sentarse a la puerta, y hacer lo que hacen ahora precisamente. El boticario es el «hombre de pró.» El mangonea en las elecciones, él marca el curso de la vida edilesca, él dirige «la política» del pueblo, y cuando hay algo que solicitar del Gobierno, o hay que abocarse con el Gobernador, él conduce la «comisión» a la ciudad, él la introduce y él habla por ellos. El lo arregla todo. Si un día, de improviso, el boticario faltase, la vida del pueblo se pararía, como la máquina de un reloj al que se le concluye la cuerda. El pueblo es triste. El pueblo huele a moho, a ruina, a roña. Si una casa se desmorona, de puro vieja, ahí se quedan los montones de escombros, estorbando. Cuando hay viento, que es con harta frecuencia, no podéis transitar por las calles. Las tolvaneras que a cada instante se levantan os lo impiden. Si es época de lluvia, tal es el fangal, que preferís quedaros en casa. La vida del pueblo es aburrida, es fastidiosa, es desesperante. Una sensación de abandono os sobrecoge en cuanto entráis en él. Sin embargo, en el rostro de todos sus habitantes veréis reflejada la satisfacción del que, en este valle de lágrimas, ha alcanzado el *sumun* de las satisfacciones y las comodidades, del que en su rincón «está completo.»

III

Hay que venir, precisamente, a un pueblo de estos, a pasar los días santos, para observar cómo, y con qué intensidad, está arraigada todavía la fe en nuestra gente.

Después de comer, salgo de casa, sólo, a hacer la digestión, fumándome, por excepción, un cigarro. El pueblo, sumido en las sombras de la noche, apenas alterada por la vagorosa llama de un farol con toques sangrientos, yace en la más profunda quietud. Parece muerto. Petrificado el silencio. Nuestras pisadas sobre la arena que cruje, repercuten en el silencio con las proporciones de un paso de gigante. Calle arriba caminamos sin encontrar un alma. Estamos solos, con nuestros pensamientos..... y nuestro cigarro, que arde en la sombra. Nadie. Por una puerta abierta salta a la calle un halo de luz, que se tiende, se prolonga en la blancura del piso. Por sobre una tapia, asoman, confundidos en un solo y extenso borrón negro, las copas de algunos árboles. Seguimos andando. Siempre solos, solos. La punta de nuestro cigarro sigue ardiendo. Volvemos una esquina. Y luego otra. Una sombra se desliza en esos momentos bajo una galera. Un perro ladra a lo lejos, y su ladrido parece ser la única manifestación de vida de este pueblo sumido en pesado sueño. Seguimos andando. La calle se prolonga, silenciosa, como una cinta negra. Ni un alma. ¿En donde estará esta gente? ¿Qué hace? ¿Porqué se encierra en sus casas a piedra y lodo? El pueblo parece muerto, muerto.

De pronto, al desembocar en una nueva calle, la que de la Parroquia conduce al Calvario, vemos un grupo que avanza en la sombra intensa, como grupo de fantasmas. Algunas llevan velas encendidas. Todas rezan. Es una llorosa plegaria, que enmedio del silencio se prolonga, aumenta y cobra proporciones inusitadas. No parecen voces; parecen

lamentos que se elevan, sin consuelo, implorando el socorro divino. Detenemos el paso. Recostados al vano de una puerta cerrada, observamos el zumbante enjambre que se acerca. Percibimos claramente una voz que clama:

— *Jesucristo fue obediente hasta la muerte!*

Y luego otras, en coro, que contestan:

— *Ora pro nobis!*

Y luego, como un rugido, todas las voces juntas:

— *Padre nuestro que estàs en los cielos!*

Por nuestra vértebra corre un agudo escalofrío de pavor. Nuestro cigarro se apaga.

Al final de la calle, un grupo de lucernitas señala el término de la jornada. Tras esas lucernitas, que parpadean como fuegos fátuos, están las desmoronadas tapias del panteón abandonado. Para allá es para donde se encamina el grupo de mujeres, rezando a grito herido. Las plañideras se pierden en la intensa sombra de la noche, apenas manchada a largos trechos por los brochazos sangrientos de los faroles. Sus siluetas fantásticas se borran y, á la vez, se apagan los fúnebres y vacilantes pabilos de sus velas y se extingen las llorosas plegarias. En nuestro oído repercute por largo rato todavía la voz cascada de una vieja que clama: *Jesucristo fue obediente hasta la muerte!* y hasta cincuenta voces, en coro estruendoso, que responden, como un eco: *ora pro nobis!*

IV

El mismo sitio, la misma calle, en que anoche presencié el paso de las *estaciones*.

El sol cae a plomo sobre la densa capa de arena, que chispea y refulge, refulge como el iluminado filo de un acero, ofuscante, segadora. Hace un calor insoportable, uno de esos calores que sofocan, y para los cuales parece no habrá lenitivo alguno. La reverberación del sol en las calles de las paredes, es intensa; intenso también el espejeo de los

cristales de los faroles en las esquinas. De trecho en trecho, la uniforme blancura caliza de la calle se interrumpe: una gran mancha carbonosa denota el sitio en que la loza, principal y nunca bien ponderada industria del pueblo, ha sido quemada días antes. Algunos tizones se entreveran a la mezcla que la ceniza y el polvo han formado. Los trascorrales, a uno y otro lado, exhiben desvergonzadamente, sus tapias llenas de resquebrajaduras; las tejas bermejas, intensan sus tonos, medio cubiertas por chorretes de musgo invasor. Los vecinos han clavado postes, y a ellos han amarrado, alineadas, matas de plátano y haces de cohollo de caña; en algunos parajes, el piso ha sido salpicado de hojas de mamey, cubierto de mullidas alfombras de pino despenicado. En el *Cocal*, los grupos de cocoteros, altos, esbeltos, flexibles, sacuden con marcada indolencia sus grandes plumeros. La pradera, en que algunos bueyes pacen reposadamente, se dilata hasta perderse, a lo lejos, entre las lomas que amurallan el horizonte y que el sol difumina al iluminar. Es el que me rodea un paisaje ígneo. Todo, uniformemente, parece arder. Al través de las suelas de los zapatos, la tierra quema como una parrilla caldeada. Las flores de los ramilletes colocados ante los altares de *los pasos* en que el Cristo detendrá periódicamente su marcha, y que simbolizan la serie de divinas caídas, se marchitan. Las pobrecitas se doblan sobre los tallos, como cabezas de dormidos niños. Por sobre las tapias de adobes, los follajes de los árboles despiden reflejos cristalinos. Las caperuzas de paja de los ranchos, parecen humear. El aspecto de la calle, tan lúgubre, tan agorero, por la noche, es otro completamente. Cuando yo llego, ya reboza el gentío, que va y viene del Calvario a la Parroquia y viceversa. Pero a pesar del alegre colorido de los chales de las mujeres, del estruendoso rumor de la chácharra, la impresión de la noche persiste. El grupo de sombras que clamaba plañideramente: *ora pro nobis*, revive en mí. Oígo de nuevo el nocturno clamoreo.

La procesión ha salido de la iglesia. Se ha detenido en el *primer paso*, frente a la Cruz del Perdón, pintada de verde sobre su poyo chorreteado de mugre. Ya se acerca. Ya se percibe el olor del incienso de la cazoleta bamboleada por el tosco monágo. Ya se oye, estridente, monocorde, el golpeteo de la matraca, que casi ahoga en su torrente de ruido las notas de la insegura marcha fúnebre de la murga. Ya se columbra al Cristo, agobiado por el peso de la cruz. El sol, bañándole a toda plenitud, le da prestigios de rajah. La pobre vestimenta morada, en cuyos borrosos bordados ni la sombra del oro persiste, se les antoja a los humildes fieles que de rodillas le ven pasar, más opulenta y más fastuosa que todos los mantos reales de la tierra. Las manos del Cristo, atadas a la cruz con burdo pedazo de cuerda, están avioletadas por los golpes: las uñas están ennegrecidas, y las venas, hinchadas, parece que van a reventar. En la faz, por cuyas mejillas desencajadas chorrea la sangre mezclada al sudor y al polvo, se refleja la más honda de las angustias. Los ojos, sumidos entre las cuencas, circuidos de profundas ojeras, vidrean, y vagarosos, doloridos, van clavados en lo alto, como implorando el auxilio del Padre Celestial.

La procesión pasa. La procesión se aleja. Al final de la calle, destellan las cales de la iglesita del Calvario, y tras ella, las tapias derruidas del panteón viejo parecen levantar una muralla de bronce. La matraca golpetea con persistente rudeza. Un rastro penetrante de incienso queda, flotando, en el ambiente inflamado. Los cocoteros sacuden con más indolencia todavía sus desplegados abanicos, y de los madrecacaos que exornan las calles cae, como una ofrenda, una lluvia de capullos.

V

De nuevo en el tren. Durante media hora hemos esperado en la pequeña estación, a la sombra de los bambúes. Hemos esperado tranquilamente, sin impacientarnos, como debe hacerse cada vez que uno se decide a abandonar las comodidades de su casa para correr en busca de aventuras..... y de incomodidades. El día ha despuntado como de verano. Añil en el cielo, esmeralda en los follajes, cristal en el ambiente. Persiste la alegría de los estruendosos repiques del Sábado de Gloria. En los palos de pito de los cercos propíncuos, las guacalchías arman la gran alharaca. Una chiltota de cajeta, flautea menudas notas entre las flores azufrosas de un huachipilín que presta servicios de poste telefónico. El tren ha llegado despacioso, jadeante, casi derrengado. Ha cruzado el puente, entre el estruendo del herraje. Ha pitado largamente, largamente, alterando el profundo silencio del campo. Se ha acercado, ruidoso, humeante. Se ha detenido, frente a la plataforma de la estación, en la que se amontonan y revuelven la carga y los pasajeros.—¡Al tren! — En el vagón, como hace cuatro días: excursionistas, nada más que excursionistas que regresan. Yo penetro, polvoso, cansado, y me echo en un rincón, cerca de una abierta ventanilla. El inmenso corte de un cerro, proyecta su densa sombra sobre el convoy. El tren arranca. En la banqueta de enfrente, he colocado, primero, los tres libros de Azorín. Esos tres libros, que he leído en el pueblo y en el campo, son: *Castilla*, *La Ruta de Don Quijote* y *Los Pueblos*. Azorín es el pequeño filósofo de las pequeñeces de la vida. Después de los libros, un tanto descabalados por el manejo constante, he colocado ambos piés y estirando las piernas, he buscado una postura cómoda. Al rededor mío, los rostros de los temporadistas que regresan reflejan satisfacción, salud, alegría. Vuelven á sus faenas cita-

dinas, a la diaria lucha por la existencia, al torno del fastidio. En un rincón, un gringo, en alto las piernas cruzadas y en un ángulo de la boca el rollizo humeante puro, despliega ruidosamente un *World*, nutrido como un volúmen. Más lejos, el codo apoyado en el vano de la ventanilla, una señora de edad dormita, abierta la boca, en la nariz una mosca que sube y baja sin alterar en lo más mínimo su reposo. El tren corre, enfilando terraplenes, bordeando oteros, cruzando cañadas. El paisaje desfila, veloz, rápido, sobre el cristal levantado. El sol arde sobre el campo. El cielo es de añil intenso. Ni una nube. A la sombra de unos sauces plateados un exiguo riachuelo dibuja sus meandros. Vuelvo la vista al interior del vagón. El gringo sigue sepulto en su hidrópico *World*. La señora de edad, ha cambiado de postura. La mosca ha volado. Colgadas en sarta á la redecilla, unas cuantas langostas del lago de Coatepeque mueven las patas en el aire, se revuelven, elásticas, anudándose cada vez más en sus contorciones. Bajo los asientos, sobre los asientos, por todas partes en donde sobra un hueco, se amontonan las valijas de los viajeros, incomodando. Tomo el breve volúmen de Azorin: *Castilla*, y lo rehojeo, rebuscando lo que mi lápiz marcó de notable en el curso de la lectura. Levantando la vista de las páginas, veo al través del cristal, y a la vuelta de un recodo, en la lejanía límpida, cómo apunta la torre de la iglesia y los techos bermejos de un pueblecillo. Luego desaparece todo tras la cortina de árboles apretujados. Cruzamos una carretera. Unas carretas se han detenido al borde de la vía, y los carreteros, la larga puya en tierra a manera de lanza, ven pasar el tren con curiosidad. De pronto, a un lado del camino que avecina la vía férrea, surgen de una hondonada unos cuantos alambres negros, gruesos como cables, que se anudan a un poste de hierro. Y luego a otro poste de hierro. Y a otro. La fila de postes de hierro no nos abandona ni un momento. Son los alambres conductores de la fuerza eléctrica

que nos anuncian la proximidad de la capital. Cruzamos, veloces, otro pueblo. El tren silba larga, desgarradoramente. Cruzamos otra carretera. Por el cristal de la ventanilla pasan: los Encuentros, el Mesón Merazo, la Casa Mata. El tren pita de nuevo. A lo lejos, rematando la vía, se descubre el carapacho gris de la Estación. El tren disminuye su velocidad. La campana tantanea. Hemos llegado. Recojo mis tres volúmenes de Azorín, mi valija de mano, y salto a tierra. A duras penas me abro camino entre la muchedumbre, y asalto un carruaje. Dando tumbos, entre el estruendo de tablas y de herrajes del vehículo, cruzo las calles, colmadas de la alegría del Sábado de Gloria. El carruaje se detiene. Hemos llegado. ¡Gracias a Dios!

Marzo de 1913.

Historia de mi primer artículo

I

SEGURAMENTE algunos de nuestros lectores, que comprenden la importancia que para la historia literaria tiene la parte anecdótica en la vida de los grandes hombres, habrán leído en alguna parte que Victoriano Sardou triunfó en el teatro, antes que como maestro dramaturgo, como consumado calígrafo.

Es el caso que el autor de *Fedora* tenía una obra. En ello no hay nada de particular. Todos, grandes y chicos, gigantes y cabezudos, han guardado *con amore*, encerrado en una gaveta de escritorio, o sencillamente en el fondo de un baúl, ese dichoso manuscrito en el cual está, agazapado, oculto, un gran escritor, o un imbécil. Pero la obra de Sardou, había perdido ya la virginidad de las grandes obras *por adivinar*. Había rodado por los bufetes de muchos directores de teatro, los cuales, como era de esperarse para que el cuento resultara feliz, habían rechazado de plano la obra. Sardou no se había descorazonado..... y ahí guardaba el manuscrito, atado con unos balduques, y convenientemente alcanforizado por mor de la polilla. Pero dicen que el hombre propone y Dios dispone; y el buen Señor que está en los cielos, dispuso premiar la paciencia

y la constancia de Victoriano, que era todo un buen mozo. Una mañana, éste se levantó resuelto a jugar su último albur. Desenterró el manuscrito, dióle su mano de limpieza, embalducóle de nuevo, y le envió a la dirección del Odeón, *por si socaba*. Pero quiso la mala estrella del futuro autor de *Madame Sans Géne*, que el Director del Odeón participase, con respecto de las obras nuevas, el mismo rancio criterio de sus demás colegas de literatura teatral. La obra, tan zarandeada la pobrecilla, fue a parar, no al cesto (¡válgame Dios la herejía!) pero sí al montón anónimo, en donde la indiferencia, o la desidia de algunos buenos señores, hace dormir, por años de años, al verdadero genio. La obra, ahí cayó, para cubrirse del polvo del olvido, y sin tan siquiera con la esperanza de ser convenientemente archivada. Pasó a la categoría de los manuscritos rodantes, de esos papelotes que se encuentran sobre todas las mesas, los que se toman al acaso, y se trashojan, negligentemente, para hacer espera, o ayudar la degustación de un cigarro. Por una de esas mesas rodaba, sin esperanza de oficial lectura, cuando la casualidad quiso, habiéndolo dispuesto Dios anticipadamente por supuesto, que cierto día la Beranger, una de las actrices de la casa, que para el caso revestía las solemnes apariencias de una Providencia, echase ojo sobre el atado de papeles, tan manoseado, y tomándolo en manos exclamase: *¿Qué es esto?* Trashojándolo, el carácter de la letra de que los pliegos estaban bien apretujaditos, llamó la atención de la Hada..... digo, de la actriz, que exclamó: *¡qué bonita letra!* Ese «*¡Qué bonita letra!*» en tan bonitos labios fueron el golpe de varita: la consagración de Sardou. La obra pasó al Comité de lectura, fué leída, y unánimemente aceptada. Con los años, gracias a la curiosidad, y al buen gusto grafológico de la Beranger, el autor del menospreciado manuscrito llegó a ser casi dictador absoluto del teatro francés, con la aquiescencia, se entiende, del terrible *Oncle*, su coparticipe de prebenda.

II

La anécdota referida retrotrae algún recuerdo en el que por necesidad..... o simple deporte, borronea cuartillas para la imprenta, con mas o menos buen éxito.

¿Quién no ha temblado de emoción al copiar su primer trabajo literario? ¿Quién, al enviarlo para su publicación, no ha quedado con el alma en un hilo, temeroso del rechazo? Es emoción esa, que grandes y chicos, hemos experimentado; trance por el cual todos, gigantes y cabezudos, hemos pasado. ¡El primer artículo! ¡Cuánta esperanza cifrada en él! ¡Cuántos ensueños! ¡Cuántos proyectos, que el buen o mal humor de un hombre (el director del periódico) derriba en un solo instante! Si los directores de periódico pudieran adivinar lo que el principiante sufre cuando su producción va, bajo cubierta, en busca de su protección, serían más indulgentes. De mí sé decir, que cuando mi real voluntad me ha puesto al frente de un periódico (que ya lo ha sido repetidas veces) nunca, ¡pero nunca! he dejado de publicar lo que se me ha enviado, tocando a las puertas de mi generosidad de Villemessant. Si lo publicado es bueno, si es el anuncio de un gran escritor, el esbozo de un buen poeta, el público me lo agradecerá, y yo sentiré la satisfacción de haber sido, alguna vez, *iniciador;* si lo publicado, por el contrario es malo, el público me echará la culpa; tendrá por mala, por nociva mi benevolencia de director de periódico; pero en cambio, el pobre principiante me lo agradecerá con el alma, y yo sentiré la satisfacción de que ¡hay uno! que me quiere bien entre los cientos que gozarían inconmensurablemente viéndome pendiente de una soga o destripado por un tranvía.

Por mi parte confesaré, que cuando escribí y mandé el primero de mis artículos, me pareció que aquel acto, por lo insólito, por lo audaz, traspasaba los límites del prodigio!

Con la claridad de magnesio que el recuerdo proyecta en el cerebro, traigo a mí, esta mañana, aquel solemne suceso, sin igual en los acontecimientos de mi ya, muy en breve, cuarentona existencia.

III

Erase allá por el año de 90, el último de la administración de aquel Patriarca que se llamó don Chico Menéndez. Rubén Darío acababa de regresar de Chile, lleno del doble prestigio que su residencia de dos años en la tierra de don Eduardo de la Barra, y las dos benditas cartas que sobre *Azul*..... le dirigiera desde Madrid el ultraamable don Juan Valera. Protegido por el paternal Presidente, Rubén emprendió la publicación de un diario, unionista, literario, y por añadidura, semi-oficial. El era el Director. Nuestro querido y respetado sabio Barberena el Redactor en Jefe. En sus columnas, Darío reproducía los cuentos y las poesías de su celebrado libro, el hermosísimo prólogo con que le favoreció el gran don Eduardo (Q. D. D. G.), las dos cartas del irónico don Juan, la colección de *Rimas*, premiadas en un concurso poético de Valparaíso; su *A. de Gilbert*, en que inventaba exquisito artista al hijo del ex-Presidente Balmaceda; el Prólogo para un libro de poesías de Narciso Tondreau (libro que no llegó a publicarse) y que no era, el tal prólogo, más que un relato, un tanto miliunochesco, de su afanosa residencia en aquel lejano país. Y esos cuentos, y esos versos, y esos prólogos, y esas cartas de hidalgo, y esa monografía fantástica (que Cañas patrocinaba con una cariñosa carta), constituían, por aquel entonces, nuestra única, capital lectura. El aroma capitoso de aquella literatura, se nos subía al cerebro en oleadas y nos producía el efecto de una borrachera; era un sello que dejaba su huella en la cera, blanda y dúctil de nuestra alma, virgen de lecturas perturbadoras, ajena a influencias extrañas que tiranizan. Aquel papel vespertino era nues-

tro «breviario de emociones». Todas las tardes, a la hora en que el «hombre de la escalera» pasaba encendiendo los faroles de gas de las calles, y en el Bolívar, las golondrinas tomaban por asalto los naranjos, nosotros nos encaminábamos a la administración del diario, situada frente a Pérez y Párraga, donde hoy está ubicado el *Casino Salvadoreño*, y con mano temblorosa compramos, y doblamos ciudadosamente nuestro ejemplar. ¡Con qué ansia desplegábamos el periódico, y con qué curiosidad recorríamos sus columnas! Con voracidad de hambriento caíamos sobre *la lectura* de nuestra preferencia. Así, por nuestros ojos deslumbrados desfiló ese cuadrito holandés que se llama *El Fardo*, esa luminosa fantasía que se llama *El Rubí*, esa confesión tierna e ingenua de *Palomas blancas y garzas morenas*. Nuestro rubendarismo era de esas pasiones que arraigan, y las que se nos antoja pensar que por siempre vamos a llevar enraizadas en el alma. A la sombra de ese laurel glorioso, al amor de ese sol, en ese huertecito en que las rosas florecían con la impetuosidad y abundancia de las ortigas en un erial, antojóseme un día de tantos plantar mi albahaca, y hacerla florecer. La planta escogida era humilde; pero cada cual no está obligado a hacer más de lo que puede. Planté y regué, solícito, mi planta. Y un día ¡osado sin igual! cuando recogí la primera florecilla, empapada en el rocío de la noche, en lugar de tomarla y encerrarla entre las páginas de un libro favorito, tuve la osadía de enviarla..... ¡Dios mío, todavía tiemblo al recordarlo! tuve la osadía sin igual de enviarla en busca de sitio al regio búcaro de alabastro en que las gardenias, las camelias, las azaleas de Rubén despedían, como manirrotas, todo el perfume de sus opulentas corolas.

¡Con qué cuidado, con qué primor copié mi artículo! Qué lujo de mayúsculas! ¡Qué simetría de renglones! Papel fino. Tinta morada (que todavía uso, y que Alemán Bolaños llama «tinta arzobispal»). Era una prosa de un lirismo infantil, estupendo;

una prosa, (dos carillas de *bloc* corriente) en que cantaba la venida del mes de mayo, a través de Becquer y de José Selgas, y la que Toño Solórzano había declarado, cuando se la leí, *digna del mismo Rubén Darío!!!* ¡Con qué meticulosidad doblé el papel, y lo metí en un sobre! Temblaba. Temblaba. No acertaba a decidirme. Una vez rotulado: «Señor Director de *La Unión*», vino el problema ¡árduo por cierto! del envío. ¿Cómo enviar aquello? Por correo, naturalmente. ¿Pero si se extraviaba? No. Mejor llevarla personalmente, entregársela yo mismo al propio Rubén Darío, y rogarle su publicación! Aquello era lo mismo que querer llegar en una máquina de la *Auto-Taxi Company* al Boquerón sin romperse el alma. La solución llegó, como siempre, a la hora necesaria, llega el auxilio al necesitado. De noche, después del concierto, pasaría por la oficina, y la deslizaría en el buzón. Dicho y hecho. Allá fuí y... el acto se consumó. Saqué del bolsillo el sobre. Levanté la tapa del buzón. Deslizé la carta. Sentí el ruido al caer dentro, el golpe del buzón al cerrarse de nuevo, y por último, el ruido de mis pisadas al alejarme. ¡La gran osadía! Aquella noche no pegué párpado. ¡Lo que discurrí! Mi cerebro era una grillera. En mis venas, la sangre galopaba con la impetuosidad de una cabalgata walquiriana. Y pensaba, sin poder dormirme: ya es la hora en que el Director ha regresado. Va a acostarse. Antes practica una *tournée* por su oficina. Enciende la lámpara de su escritorio. Recoge los periódicos deslizados bajo la puerta. ¿Habrá telegramas, habrá cartas en el buzón? El Director lo abre. Efectivamente. Hay cartas de los corresponsales de los departamentos. Hay telegramas. Pero también hay una cubierta asalmonada, cubierta femenil, que abulta un tanto. Al Director le llama da atención. Le toma en mano, le sopesa, le da vueltas. Va seguramente a abrirlo. De pronto se detiene. ¿Qué pasa? La deja a un lado, cerca de un hidrópico Diccionario de la Real Academia y un cenicero de porcelana en el que apesta una punta de grueso cigarro exhornado de rojizo anillo. ¡Un puro

de don Santiago, que calada la capucha de ceniza se jala un bonito sueñecito! ¿Va a quedarse ahí, abandonado, por siempre, mi enfundado articulito! El Director, sentado, dándole en la cara todo el reflejo verde de la pantalla en cono, rasga telegramas, abre sobres, desgarra cartas, margina papeles con lápiz azul, cambia de sitio un libro, abre una gaveta, cierra otra. Se levanta. Extingue la lámpara. Sale. Se aleja. Va a acostarse. Y a la vera del hidrópico Diccionario, pegado al helado puro de don Santiago, (al que un movimiento brusco del Director ha derribado su capucha de ceniza) mi pobre articulito se queda abandonado, rezongando de su ya prolongado encierro.

Al día siguiente, a la hora en que el diario era lanzado a la circulación callejera, como siempre fuí por él. Serenidad, serenidad ante todo. Hay que saber ser hombres. Los grandes trances templan la voluntad! A lo largo de las calles, los faroles se iban encendiendo uno a uno. «El hombre de la escalera» pasaba, cargado de su artefacto, su lámpara automática en mano. La turba de golondrinas del Bolívar armaba el gran escándalo. Bajo los naranjos sacudidos por las embestidas, pasaba «el tío», vestido de *cuero del diablo*, arrastrando la charpa mohosa, y persiguiendo a los *zipotes*, cuyas perversas hondillas disparaban sus perdigones contra las inofensivas inquilinas del paseo. De la Sastrería de Viaud los operarios salían en grupos. A la puerta de la Candelería de Pérez y Párraga, un coche destartalado estaba detenido, mientras dos conocidos señorones que iban camino del Casino, conversaban a la orilla de la acera. Frente a las oficinas de *La Unión*, había mucha gente estacionada. Unos entraban. Otros salían, con periódicos en la mano. El viento agitaba y hacía crugir las hojas de papel. Ví que salía el sabio Barberena, apretujando sus ojos de miope tras los gruesos cristales de los anteojos. Ví que salió Roberto Bone, el administrador, todo oloroso a pomadas y puesto de veinticinco alfileres. En su solapa se esponjaba un «clavel de olor» y por el bolsillo

superior de su *chaqué*, apuntaba la alba punta de un pañuelo. Ví que salió Belisario Calderón, el buen Belisario, con su corazón de niño que no le cabe en el pecho. El grupo que obstruía la puerta, iba aclarándose. Me decidí. — «Un ánimo recto hace una vida feliz» — pensé. Y penetrando, pedí un ejemplar. No tuve el valor suficiente para desplegarlo allí mismo, de recorrer sus columnas, y no sé como encontré la serenidad suficiente para doblarlo y deslizarlo en el bolsillo. En mi casa, ya solo, lo saqué y ví.... ¡Nada! Dios mío ¡qué desilusión! Todos mis ensueños veníanse, ruidosamente, a tierra. Hasta creo que en mi pupila amagó una lágrima.

¡Y nada tampoco al siguiente día! ¡Y nada el otro, y el otro, y el otro! Nada! Nada! Nada! Mi fracaso era completo!

Mi pobre artículo ¿se habría quedado el pobrecillo haciéndole compañía al Diccionario de la Real Academia, y a la punta de cigarro de don Santiago? ¿Habría rodado hasta la cesta de papeles inútiles, hecho cuatro tiras?

Más tarde, cuando los hados, y mi afán de rodar tierras me llevaron hasta el opulento y lejano Buenos Aires, una noche, en compañía de Rubén Darío, tomábamos una taza de té en el Luzio. Llegó José Ingegnieros. Llegó José León Pagano. Llegó Alberto Giraldo. Llegó Eugenio Díaz Romero. Llegó Roberto Payró. Se habló de todo, desordenadamente, como siempre. Las rodelas de crin de los bocks consumidos se apilaban a un extremo de la mesa. El humo de los cigarros se aplafonaba, sofocando el ambiente, tejiendo halos vaporosos a las cabezas de los circunstantes. Las cucharillas hacían tintinear rítmicamente las frágiles porcelanas de las tazas. De pronto se habló de cómo había comenzado su carrera de escritor Sicardi, cuyo tercer tomo del *Libro extraño* daba mucho de que hablar a los círculos intelectuales de Buenos Aires. Entonces, cada uno relató alguna anécdota referente a su iniciación en la carrera. I cada uno se conmovió al hacerlo. Yo conté, ingénuamente, mi historia; mi primer artículo rodando

al cesto. Rubén clavaba con insistencia en mí aquellos sus ojos que parece que no miran.

Y su boca enigmática, sonreía. De pronto dejó de sonreir.... ¿Se encendería, súbito, en su cerebro algún recuerdo? Recordaría la cubierta asalmonada que en la noche de un lejano día centroamericano, recogió de su buzón, entre telegramas y sobres llenos de timbres postales, y arrojó indiferente al cesto de los papeles inútiles? No puede ser. Pero mi anécdota tuvo la fuerza de emocionarle. Vi que sus ojos brillaron. Sus párpados aletearon, cerrándose breves instantes. Su boca enigmática dejó de sonreír. Algún recuerdo estaba eslabonado a aquel tiempo. No había duda. Sentía pasar algo por su alma, que la sacudía. Declaro que me sentí satisfecho. Y hasta llegué a pensar que aquella era mi mejor venganza: hacer conmoverse al glorioso poeta, Sumo Pontífice de la *pose*, y así entregarle, atado como un Nazareno, al truculento *titeo* de los miembros de *La Siringa*.

Marzo de 1913.

La víspera del día de la Cruz

A ALFONSO QUIÑÓNEZ M.

HAS visitado alguna vez los alrededores del Mercado en este día? — me preguntó, al entrar en mi escritorio, Alberto Imery.

— Este día? ¿Y qué de nuevo hay este día en los alrededores del Mercado? — pregunté al brillante colorista, que tan matinalmente me visitaba, mientras abandonaba sobre el mármol de la mesa el tomo de *L'Enervee,* de Maxime Formont, que leía en esos precisos momentos.

— Tú te haces el tonto.... o qué?

— No. Palabra!

— Pues hoy es la víspera del Día de la Cruz.

— Ah! Ya caigo.... ¡La víspera de la fiesta de la Santa Cruz! Hoy es dos de mayo — objeté, fijando la mirada en el popular calendario cervantino en el que, entre la figura de un obeso Sancho y la de un desmirriado don Quijote, lucía un morrocotudo 2, en tinta roja, un 2 que tendía su gancho a una fotografía de la Joconda, de y a una caricatura de Sem, desfoliada de un álbum.

Confieso con toda la sinceridad de que soy capaz, que me produjo cierto ruborcillo el contestar al buen Alberto, que jamás, en los treinta y ocho años que

me llevo ya *bien vividos*, nunca me había pasado por la mente la peregrina idea de apuntar *mi respetable nariz* por los alrededores del Mercado en ocasión tan solemne y propicia como la de hoy, para observar y deleitarse en uno de los más característicos y pintorescos espectáculos de nuestra vida regional. Aunque en descargo de eso, que por ahora me permito calificar de *grave falta*, imperdonable tal vez, alegaré que, a pesar de haber nacido en el corazón del San Salvador destruido por la ruina del 73 (en el mismísimo sitio en que hoy está el Parque Bolívar) nadie es menos conocedor de *su* ciudad que este cura. Con decir, que fuera de una media docena de calles centrales y de dos o tres rincones de San Salvador, la existencia del resto me es desconocida, y me tiene sin cuidado. Hay sitios de los que ni sospecha tengo, y los cuales se pasarán sin el honor de que mi vista les caiga encima.

— Quieres que vayamos? — me preguntó Alberto, abandonando una revista ilustrada que al capricho había cogido de entre otras que sobre un velador estaban y la que distraidamente trashojaba.

— Al Mercado? Ya lo creo! En el acto....

Y allá fuimos los dos, como dos estudiantes que hacen novillos matinales.

Declaro que no me arrepentí de la escurción. Lo que sí no me perdonaba a mí mismo, era el haber pasado tanto tiempo sin sospechar que en un día del año, en medio de la monotonía y de la aridez de la vida de San Salvador, a dos pasos de casa y de mis libros, pudiera gozarse de un «momento», unas horas apenas, de tan fuerte emoción.

* * *

Parecía que en aquel sitio, en aquella fresca y luminosa mañana de mayo, toda la campiña se hubiera desbordado sobre San Salvador en estupenda avalancha,

Húmedo todavía por la lluvia de la noche anterior, el copioso don de la Naturaleza se ofrece a la vista y al olfato del paseante. Siéntese palpitar la vida con más ardor, con más intensidad, estimulada por la contemplación de aquel mágico espectáculo; y a los labios del iniciado puede muy bien asomar, sin peligro de caer en falta de anacronismo, el motivo de alguna égloga virgiliana.... o cuando menos, una estrofa cualquiera de Juan Diéguez, nuestro poeta más virgiliano. El profano, el paseante indiferente, la dama extranjera, sueltan un «¡qué bonito!» que resume toda la intensidad de su impresión. Ese «¡qué bonito!» puede ser también la síntesis de una égloga que no pudo llegar a escribirse, que muere en embrión, por impotencia. No comprendo que pueda pasarse de largo por aquella floresta decapitada.... El espectáculo atrae.... y sujeta. Por muy estéril de sentimiento artístico que se sea, por muy *poco poética* que una persona *se sienta*, tiene que conmoverse ante aquel espectáculo. Sería curiosísimo recoger en aquel instante, de palabra, y anotar una a una, formando una *enquéte* originalísima, la impresión sufrida por los distintos presenciadores de aquel cuadro tropical, y la declaración de las ideas que aquello les sugiriera. Porque alguna idea debe sugerirle a los que por allí discurren, la presencia de aquel despojo de los campos.... aunque sea el *¡cuánto verde!* del *bayunco* legendario.

En canastas, apiñadas en el suelo, ordenadas sobre lechos de hojas, diversidad de frutas, maduras o verdes, despiden provocadores aromas, más o menos intensos. El sol de la mañana hace destellar aquellos colores en amalgama, y dar efectos y cambiantes inusitados, que de querer ser trasladados al lienzo, causarían la desesperación del más empingorotado colorista. Las flores, en ramilletes, o en montones, se agazapan, en vergonzosa minoría, entre montañas de ramas de pino, entre manojos de palmas, o brazadas de *hojas de pacalla* o de *bejuco de chilillo*, constelado de las guirnaldas que forman las cápsulas rosadas de sus capullos. La *ruda* carga el ambiente

matinal con sus acres efluvios tonificantes, mientras el *pie de niño* luce el metal repujado de sus hojas en forma de lanceta. En "un puesto", los *cuchillos* hacen pensar en un enmadejamiento de grandes langostas de mar, o en un erizamiento de lanzas indígenas, frescas después de una grandiosa carnicería. El carmín y la laca de los mangos contrastan con el oro encendido de las naranjas, el esmalte verde de las limas y el rojo de cardenal de las sabrosas *pitahayas*. Los cocos se amontonan, sueltos o en racimos, como pilas de bombas de una artillería de glotones, junto a una espesa y nutrida alfombra de *güiscoyoles*, de un negro cambiante de azabache. Las granadas rajan su cáscara, como estuche de cuero amarillo que dejase ver, sobre la seda del fondo, prendidos y ordenados en ringlas, los rubíes de sus pepitas. Los terrosos mameyes, y los granulentos zapotes funden sus aromas mielosos en la onda fuerte, acre y obstinada de los melones de Castilla. De las entrecruzadas cañabravas de una ramada improvisada, cuelgan en hamaca, las sartas de *flores de la cruz*, ya de un blanco amarfilado, ya de un tinte de hez de vino tinto. Las ramas de aceituno, apiladas sobre una acera, subiendo casi hasta la mitad de la pared de una tienda turca, muestran, entre las hojas menudas y lucientes, las chibolas de sus frutos, del mismo color azuloso de las ciruelas maduras. El ruido es ensordecedor. Van y vienen, atareadas las sirvientas, acabando de colmar sus canastas. Una mujer, con una "tombilla" colgada al brazo, anuncia, a grito pelado:

— *Oro y plata! Oro y plata!* —, al que contesta al otro extremo de la calle, una voz masculina:

— *La chipiona!.... El fresco de Jerusalem!.... A medio el vaso! ¿Quién quiere?*

Y luego:

— *Las cruces, señora!*

ofrece a una dama que pasa una vendedora, desde su "puesto" en que, arregladas sobre una mesa, se alzan cruces de madera pintadas de un verde chillón, unas desnudas por completo, otras ribeteadas de un oro todavía más detonante que el verde; otras, sos-

teniendo, cruzadas sobre los brazos labrados a escoplo, una tira de lienzo blanco, con su pie de corniza pintada de rojo, como si conservara, al través de los siglos, el jugo de la sangre del redentor.

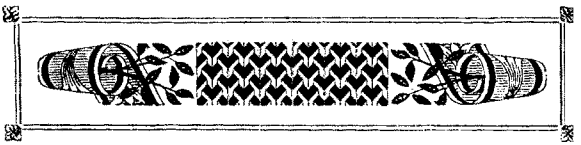
Por aquel sitio desfila San Salvador, recogiendo, acopiando de todo aquello lo más propio y de su gusto para *adornar* la Cruz.

Va, poco a poco, desapareciendo la costumbre de *poner cruz*. El hacerlo, ha quedado reducido ahora a los barrios de la Capital, y apenas tal cual casa *del centro*, sigue fiel a la tradición. Antes era *una obligación* el hacerlo, y cada uno trataba de superar al vecino en el adorno y esplendor de la suya. Había *cruces* famosas, a las que la gente iba en peregrinación, y en las que los muchachos hacíamos nuestro agosto. La tarde de la víspera eran anunciadas las *cruces* con un estruendoso *cargador*, y en esos momentos, la atmósfera atronaba de detonaciones: era un bombardeo que ponía alegría en nuestros espíritus infantiles, y sumía a los viejos en honda melancolía.

Más detalles serían inoficiosos por ahora, ydifícil de darlos a la vez, en la brevedad de una crónica hecha al galope y en medio de los apuros del cajista.

Conformémonos con la visión que todavía perpetúa en nuestra retina, con el recuerdo de esa orgía de colores y de perfumes; y agradezcamos a Alberto Imery los ratos verdaderamente deliciosos que nos fue dado gozar en su compañía en esta deliciosa mañana. Nadie mejor que el prestigioso colorista, pudo ser nuestro iniciador en aquel culto de Belleza; nuestro *cicerone* al través de aquella estupenda orgía de colores y de aromas.

Borrajeada la última cuartilla.... dejo la pluma, y prosigo la lectura del libro de Formont, interrumpida para seguir a mi amigo.



El vendedor de "Minuta"

PROPIAMENTE, «sus horas» van de doce y media del día a tres de la tarde, las horas de bochorno; y su campo de acción se circunscribe a los barrios y los alrededores de los Mercados; muy raras veces, se extiende a algunas calles centrales.

Entonces cae el sol a plomo, aturdiendo a los escasos viandantes que transitan, buscando para protejerse la escasa faja de sombra que los aleros de las casas proyectan sobre las aceras. Por la calle algún carretón va, cargado hasta los topes. Un coche, desvencijado y polvoriento, traquetea, camino de la Estación de Occidente. Las aristas de las piedras, despiden chispazos. En la tubería de cristal de los postes del telégrafo, cuya tendida red de alambres se confunde en la fulguración de la atmósfera, el sol enciende ramilletes de chispas. Un perro dormita en el quicio de un zaguán; mientras otro, el lomo pelado por el jíote, caídas las desholladas orejas, y la cola tiñosa entre las patas, trota jadeante, un palmo de lengua fuera. Es el pobre perro vagabundo, el perro sin dueño, que va camino del Mercado a revolver los montones de basuras en busca de algún hueso que roer. El hambre le atenacea las entrañas.

Los ojos le vidrean. El desdichado perro, aturdido el también por el fuego solar, busca refugio en la escasa faja de sombra que los aleros de las casas, proyectan sobre las aceras. El perro se aleja, trotando, deteniéndose de cuando en vez en las esquinas: husmea, levanta la pata..... y prosigue su camino, indiferente, la cola tiñosa recogida y un palmo de lengua fuera. Todo dormita bajo el sopor de la hora. Por el cielo, de un azul despejado y centellante, cruzan, uno, dos, tres zopilotes, poniendo su nota negra como una mancha en la limpidez del raso celeste. De pronto el pitazo prolongado de una locomotora, rasga el silencio canicular. El sonido repercute estridente por los cuatro ámbitos de la ciudad, y luego se apaga. El silencio vuelve a reinar. Por la calle, tranquila, no pasa ahora ni carretón desvencijado, ni carruaje traqueteante, ni transeunte atareado, ni perro hambriento. Las aristas de las piedras chispean con más furia; la pirotécnia de la tubería telegráfica, es más intensa cada vez. Los zopilotes han ido aproximando a tierra su perezosa ronda de noria, y se detienen por fin en el crucero de un techo de zinc.

De pronto, al extremo de la calle solitaria, suena el repique cascado de una campanilla. Un carretoncito, tirado por un hombre, despunta.

El carretoncito avanza, tropezando en los baches de la calle, dando tumbos. El repique cascado de la campanilla, insiste, porfiado.

El carretoncito se acerca. Está pintado de verde, de un verde rabioso de loro. La lona del toldo, amarilleada por la acción de las lluvias y del sol, va ingenua y toscamente ilustrada. Una rosa, desarrollada, frondosa y fresca como una col, esponja sus pétalos de lacre, al lado de un vaso, desproporcionado como un balde, lleno de agua carminosa. El dibujo es todo un símbolo. La frescura primaveral de la rosa, junto a la amable y salutífera frescura de la *minuta*. El *minutero* es todo un modernista: entiende a maravilla el *réclame*.

El carretoncito pasa. Un zaguán se abre. Una

mujercita, defendiéndose del sol con la tela mantecosa de un delantal de cuadros, sale, llevando un vaso. Pero el carretoncito ha pasado ya. Tropezando en los baches de la calle, tambaleándo su toldo pintarrajeado, se aleja. La mujercita grita, llamando. El *minutero* no la oye, porque en esos momentos, a unas pocas varas de la bocacalle, la campanilla cascada, parece haberse vuelto loca. El repique es estridente, ensordecedor, como un jocundo repique de Sábado de Gloria.

El carretoncito se detiene en la esquina, en pleno sol. El *minutero* está habituado; el ardor solar no le hace mella. Impasible, agita la campanilla. La campanilla llama, clama, alborota; parece decir a gritos:

— Aquí está la *minuta!*

Al conjuro de la campanilla, acuden, presurosos, los chicos. Un bullicioso corro se ha formado alrededor del carretoncito. Cada chico alarga su vaso, y el níkel. Cada cual quiere que se le despache el primero.

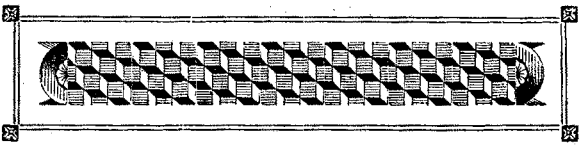
— No apurarse! Tengan paciencia!

El *minutero* es un buen hombre, cachazudo, acostumbrado a tratar con chicos.

— No hay que apurarse! — repite, mientras parte el hielo, que va envuelto en un pedazo de chiva chapina, y sacando el raspador, le hace saltar en virutas cristalinas, con las cuales colma el vaso. Terminada la operación, toma una de las botellas alineadas en su casillero, y vierte sobre el hielo, un chorro de jarabe de un colorido rabioso (rojo, de pitahaya; verde, de cardenillo; amarillo, de chilindrón, como el exigente consumidor prefiera) y con una larga cucharilla deslustrada remueve el contenido. Los ojos ávidos de los chicos, siguen la maniobra; no pierden el menor detalle. Y en las bocas golosas, de pringosos labios, se dibujan vagos gestos de glotonería impaciente.

La banda se desperdiga, ruidosa, provista ya de la sabrosa confección; y el carretoncito pintado de verde, de un rabioso verde de loro, y toldo de lo-

na, amarilleada por la acción de las lluvias y del sol, en que un primitivo pincel ha fijado prodigios de colorido, sigue su camino, alterando con el estridente repique de su campanilla la tranquilidad de los barrios amodorrados bajo el sol.



La velación de San Jerónimo

A SANTIAGO LETONA H.

TUVE anoche la fortuna de presenciar un espectáculo de costumbres nacionales, de lo más curioso que puede darse y de los que ya, desgraciadamente, van desapareciendo. Desde niño, siempre que he venido á este pedazo de campo, sito en el valle de las *Tres Ceibas*, he oído á todo el mundo hablar con entusiasmo de tanta famosa velación. La de San Jerónino no es la más brillante; lo es la de Santa Catarina, la Virgen de la cimitarra y de la rueda de cuchillos, patrona de estos lugares. Cuando ella llega, de paso, á alguna casa, ésta es arrojada por la ventana.....ó por la puerta, si no hubiere ventana. También se vela á San Antonio del Mónte, con su niño en brazos; á San Sebastián, con un chiquero de flechas atravesándole pecho y piernas; á San José, con su varita florecida; á Santa Lucía, ofreciendo á Dios sus ojos de cristal en un plato de latón.....

Ahora, cuando el tiempo que rueda y pasa sin detenerse un instante (como en la balada del poeta alemán), ha marchitado estas fiestas, cuando han perdido muchísimo del brillo tradicional, es cuando me he decidido á presenciar una de ellas. Y me ha hecho idéntico efecto que el encontrar un día, revol-

viendo el fondo de un cofre claveteado y recinchado, un ramillete de flores de género, en un tiempo vistosas y espléndidas, y cuyos colores frescos en aquel entonces, se han tornado ahora pálidos bajo el polvo y cuyos pétalos de olán teñido, se han apabullado ó desaparecido devorados por la polilla implacable.

***

Como á escasa media legua, de aquí, ha pernoctado el honorable San Jerónimo, y desde hace algunos días, recorre los rancheríos y fincas de este valle. Antes, la visita del Santo era gratis, espontánea; llegaba como á su casa, sin anunciarse.....y sin ocasionar mayores gastos. Hoy cuesta *doce reales*.....fuera de todo lo demás.

Ayer mañana lo vimos pasar en brazos de su mandadero, implorando limosnas. Delante de él marchaba un *zipote*, tocando un lento redoble en su tambor y cargando á la espalda el *matate* en que se confundían las dádivas de los creyentes campesinos. Ahí, candelas, huevos de gallina, tusas de *cuajada*, botellitas de *mantequilla*, atarugado el pescuezo con *olotes;* tortas de pan, *aguacates*, *motates*, blancos como el mármol nuevo. De todo. Y por remate, colgada al hombro por las patas, una soberbia gallina abría el pico bajo el calor del sol y á intervalos cacareaba afligida, como sospechando su fatal destino. El demandadero es hombre *de cuerpo*, gordo y lleno de salud. ¡Con presentes así, el hijito de San Jerónimo debe de pasarla muy bien!

Después de nuestra limosna, un realito chapín, liso á fuerza de correr por manos desconfiadas, se cree el buen hombre en el imprescindible deber de invitarnos.

—Cerca de aquí, arribita donde las Guerrero.

—Iremos. Muchas gracias, amigo.

La velación principia hasta después de las ocho, al aviso del tambor que hace aquí las veces de campana convocando á los fieles.

Con una noche obscura, pero estrellada, hicimos el viaje desde *Tarascón*. Éramos cinco los de la partida. Ibamos todos con el espíritu alegre, dispuestos á divertirnos y.....hasta rezar; lo cual no tiene nada de estraño, lector, pues todos éramos buenos católicos..... de los que cumplen.

Al pasar por el río, que á la sombra de sus árboles y chaparrales hacía lucir opacamente su panza de agua, alguien recordó á la *Sigüanaba*. Esto dió margen á que, pian pianino, sobre el polvo y entre los breñales del camino vecinal que ascendía, caprichoso como el rastro de una *cascabel*, se relataran anécdotas referentes á esta *muy respetable señora nuestra*.

De pronto oímos el redoble de un tambor. Ese redoble, aislado, perdido á lo lejos, sonando en la sombra de la noche, y después de una conversación sobre trasgos, tenía algo de fantástico. Sugería mil locas fantasías aquel tambor, redoblando en la sombra. El paso de algún ejército de duendes.....Las brujas, á horcajadas sobre sus palos de escoba..... El *Zipitillo*, con su gran sombrero puntiagudo, como el de los rurales mejicanos.....El *Cadejo*, con sus ojos redondos y grandes como pesos y rojos como brasas, y su tufo de macho cabrío que tira de espaldas.

Redoblaba, redoblaba el tambor en la sombra, mientras subíamos.

De pronto rasgó el espacio, iluminándolo, la cauda de un cohete, y sus petardos estallaron, repercutiendo por todos los ámbitos del valle.

El tambor cesó de súbito; y conforme nos acercábamos, percibimos, sonando, un pito de caña, pastoril casi, que urdía torpemente algo como una anticuada mazurca plebeya.

Un grupo de perros que se abalanzó sobre nosotros y al cual recibimos á palos, anunció nuestro arribo á los de adentro. Los dueños de casa acudieron milagrosamente á librarnos de aquellos animales, que ya habían emprendido sobre nuestras pantorillas un nuevo ataque de dientes. Sus ladridos,

estrepitosos y continuos, nos hacían el efecto de algún coro marcial saludando nuestra entrada, algo como en el segundo acto de *Aida: Satvator della Patria*.....entre trompetas y tambores.

Todo el patio espacioso estaba lleno de invitados. Unos, sentados en el suelo, formando corro, conversaban y fumaban. Otros, pelaban con sus machetes algunas cañas, sentados sobre las piladeras y en las *canoas*, ó aislados, entablaban algún diálogo amoroso, al resguardo de la sombra. Sonaban los acordeones. Los cantadores hacían charranganear las guitarras. Alguna carcajada resonó, contagiando los demás humores. En un corro, un viejecito relataba alguna historia picante, pues los mozos sonreían y maliciosamente dirigían miradas á las muchachas acicaladas que, en el corredor, formaban su sociedad alegre y expansiva tambien. A lo lejos, ladraban los perros de la vecindad, tal vez viendo la luna amarillenta que asomaba tras el cerro de Tonacatepeque, á la inversa de como en la balada de Musset: como un paréntesis invertido por capricho sobre las jorobas de una m. En uno de los amates confinados al extremo del patio, un gallo lanzó una clarinada de alarma, á la que contestó un violento y agitado cacareo de gallinas, remover de plumas, oseo de patos, algún vuelo torpe de las sumidades al suelo. "¡El gato!" — gritó alguien; y un grupo acudió al gallinero. Poco á poco volvió á reinar la tranquilidad en el serrallo de los sultanes de la pluma que enfundaron sus clarines y se durmieron. El ruido de la fiesta no interrunpia su sueño reparador.

En el rancho del centro se había instalado al Santo. ✝

Sobre una mesa, cubierta por una cortina, y dentro un tosco camarín de tablas pintado de verde y adornado de rojas molduras, San Jerónimo — el austero fundador del Monasticismo — alzaba dos dedos de su mano derecha para bendecir á las pobres campesinas que rodeaban su altar, mientras con la izquierda sostenía un gruesa Vulgata. Sobre el pe-

cho, le caía la zalea de su gran barba despeinada y la calva del solitario de la gruta de Belén, espejeaba á la luz de los candiles y de las *mechonas* de cebo como una bola de billar. Él, que odió con tanta fuerza á las mujeres, y cuyo recuerdo atormentaba sus soledades, se ve constantemente rodeado y agasajado por ellas; y es ley, que es uno de los santos preferidos por las faldas. ¡Tal vez porque las trató tan mal, *ellas* acuden á *él!* Vimos de cerca al Santo y le besamos los pies. Observando su fisonomía, nos pareció que la compañía desagradaba al monge que vivió entre las piedras de una gruta, en la sola unión de una Biblia (que él mismo había traducido del hebreo al latín), su conocida Vulgata, un crucifijo y una estera en que tenderse..... pero que seguramente no tejía él mismo como San Antonio.

Cada vez iban llegando más invitados. Cuando en alguna parte hay velación, todo el mundo se cree con derecho á asistir. Nadie, ni el mismo que paga la fiesta, se inmuta por ello.

De los grupos que llegaban, las mujeres penetraban en el recinto del Santo, mientras los hombres permanecían en el patio; ó silenciosos, como escurriéndose, iban á aumentar el número de los que, en corro, á la luz de una vela pegada á un tejo, jugaban al *chivo* ó á la baraja puros ó resobados reales. Esa es la costumbre.

La hora del rezo se anunció con repiques de campanilla. Todo el mundo acudió, arrodillándose en el corredor, en el patio, por todos lados, y principiaron las oraciones. Quien *enseña*, como dicen estas gentes, quien lleva la voz, es el mismo demandadero, a quien pagan *un peso* por este servicio, además de los *doce realès* por derecho de velar el Santo en su casa. A una oración, cuyo final acompañan todos los oyentes, sigue un canto a la gloria del patrón; luego nueva oración y nuevo canto, y vuelta a la carga. La tarea dura larga media hora. Los arrodillados siguen con fervor la ceremonia.

Terminado el rezo, se desocupó el recinto. El tambor sonó de nuevo: *¡tan!..... ¡tan!..... ¡tan!..... ¡tan!;* y a cada golpe de palillo sobre el parche, cada uno de los individuos presentes desfiló ante el Santo y le besó los pies. No se quedó ni uno sólo sin hacer dicha operación.

El altar del Santo era todo un ramillete de flores, luces y papeles de color. Parecía, por el lujo, un altar de Corpus, en cuyo atavío se *había echado el resto*. Del techo del rancho colgaban guirnaldas de flores de la cruz, blancas y rojas, alternando, simétricamente, con cadenetas de papel. Palmas de coco, amarradas a las cuatro patas de la mesa, unían los extremos de sus plumones, formando palio sobre el camarín. Gruesos racimos de *bejuco de chilillo* despedían el olor de membrillo de sus flores lilas, juntando sus prestigios a las *barbonas*, amarillas como el azufre, o a los heliotropos blancos de azucarado aroma, a las ramas de *paraíso*, salpicadas de manchas avioletadas, a las *flores de San Antonio*, de un color vinoso, y a las del *madrecacao*, en gajos, rosadas como las del almendro. Había cierto primor, cierta intuición artística, en aquel arreglo desordenado. Se había amontonado todo lo verde, lo alegre, lo que da perfume o cautiva la vista con sus colores.

Después del rezo comenzó la fiesta.

Las dueños de la casa llevaban grandes *bateas* de tamales humeantes, juntos con grandes batidores de *café negro*. Se formaron círculos diferentes alrededor del sencillo agape, según las simpatías. Circularon vasos de verdadero *chachacaste*, más rico que un wiskey la mejor marca. Sobre platos de lata, desbordaban las torrejas de *torta seca*, o las *tusas* de dorados *salpores* de arroz, que se deshacen en la boca como una crema.

Reinaba la más franca cordialidad, esa que sólo se encuentra allí, entre esa pobre gente.

Los campesinos masticaban, bebían, charlaban y reían. Los perros husmeaban, metiendo la cabeza entre las piernas, y cuando algo *cachaban*, se iban

al trote para atravesárselo en lo oscurito, sin que nadie les estorbase.

Cuandó la *cena* terminó, principio el baile.

Las guitarras, parecían querer romper las cuerdas, rasgueadas como eran con tanto brío y entusiasmo. Las parejas valsaban, arremolinándose sobre el suelo barrido y lustroso como una rusia, golpeando el suelo con los talones de sus pies desnudos. ¡Bailaban de una manera tan curiosa! Lentos, sin fastidiar a su pareja, con cierta corrección ceremoniosa que deberían aprender muchos de nuestros señoritos de sociedad, a quienes únicamente el uso del frac o del smocking da apariencias de gente educada.

De tanto en tanto, se suspendía el baile, y alguna de las parejas danzadoras, cantaba a dúo una de esas *tonadas* plañideras, sencillas, pero olorosas como un fresco ramillete de flores de María, y que a un citadino, no acostumbrado a estas cosas, harían soltar la risa.

Nosotros nos retiramos después de media noche, juzgando que nuestra presencia les era molesta, a pesar del respeto que los campesinos siempre guardan a los patrones. Quieren gozar solos, entre ellos, sin ojos que encuentran en sus regocijos motivo de entretención.

La luna había cobrado un intenso brillo de antimonio por sobre el horizonte montañoso; y encima de nuestras cabezas, el cielo profundo hervía de estrellas. El silencio era apenas turbado por el ruido del viento deslizándose entre las hojas de los árboles, suavemente, pero muy suavemente, tal como el roce de la seda sobre la morbidez de una alfombra.

Hicimos el mismo camino de cuatro horas antes, pero sin ganas de charlar, cada uno por su lado, como que si nos hubiese invadido repentina tristeza.

En efecto, la alegría verdadera, la sencilla alegría saludable, de que no podemos gozar los que tuvimos la desgracia de nacer en una ciudad, y ahora, aburrido, queremos hacer una vida de campo,

quedaba atrás, entre aquellos amates, bajo la paja de aquellos ranchos, que surgían de la tierra fecunda como un florecimiento de hongos de barro.

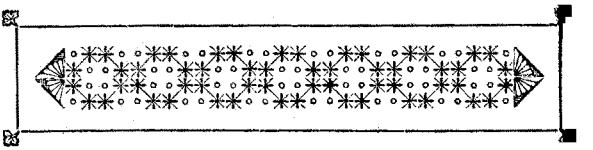
Y atrás quedaba el sendero, entre breñales, culebreando polvoso y blanco bajo la luz de la luna, como un prolongado rastro de *cascabel.*

Y atrás quedaba el río, bajo los árboles descabellados y los tupidos chaparrales, brillando sus linfas rodantes como el desdoblamiento de alguna pieza de terciopelo de plata flamante.

***

Cuando ya en la cama quisimos leer, para conciliar el sueño, algunas páginas de nuestros morbosos libros, tuvimos que arrojarle sin poder darnos cuenta de una sola línea leida. La fiesta apenas entrevista, llenaba nuestra cabeza de ideas raras y de extravagantes propósitos. Los principales motivos de la alegría campesina se interponían, cobrando relieve tentador, entre la página del libro y nuestros ojos.

Noviembre de 1908.



Con motivo de "Pagliacci"

RIDI, PAGLIACCIO.

La frase de Cannio en la ópera sugestiva de Leoncavallo, queda vibrando en el alma del oyente y la sumerge en un piélago de amargas reflexiones.

Reír! Y más reír! Siempre reír!

Y en el caso del *poverino* Cannio, reír llorando, como Garrik. La risa bajo la máscara; la lágrima empapada en el reflejo de una falsa alegría.

Ríe, payaso! Ríe!

El público lo quiere; el público aplaude; el público se divierte; el público es quien paga; pero ese público no alcanza la profundidad ¡bien amarga! de la filosofía vestida de carnaval de Cannio:

—"No creáis que porque somos unos pobres payasos, y vivimos de las risas de vosotros, no tenemos corazón".....

También ellos, los pobres payasos vagabundos, los pobres payasos hambrientos, los pobres payasos desarrapados, tienen su corazoncito, que se calienta (lo mismísimo que el nuestro) al rescoldo de una afección, o se enciende en la hoguera de un odio.

También ellos, los pobres payasos miserables, los pobres payasos desamparados, los pobres payasos mártires, tienen sus lágrimas, junto con sus risas pasajeras. También para ellos, por momentos, la vida tiene sonrisas.

Y sus risas, en su brevedad, tienen tres puntos, como los triángulos. Uno de ellos, converge al corazón; y su contacto, lo despierta y lo anima. El miraje es pintoresco. Se parodia a la jovialidad.

Ríen al amor los pobrecitos payasos, como a la Esperanza. Sólo que esta, a veces, está tan lejana, que pierde su color risueño y se tizna de melancolía, o de imposible; lo fatal; lo inabordable.

De la audición de la ópera de Leoncavallo se sale con el alma fuertemente oprimida; con los nervios hechos trizas; enfermos de emoción; anonadados por la intensa fuerza dramática del poema. Nos pone en las fronteras de las lágrimas. Y un motivo retenido en la memoria y repetido en el camino, entre las sombras y el frío de la noche, sugiere un mundo de reflexiones pesimistas.

Y ahi, a las primeras horas, Cannio es feliz, muy feliz.

El carretón entoldado; Arlequino, *il Dottore*, Colombina, Pierrot: son su todo. La blancura trágica, y el Dolor que va a surgir y a mancharse de sangre, ruedan por los caminos polvorosos, sin saber que su huella la sigue la Fatalidad. La Pantomima, llena la vida, y la hace menos pesada. La Farsa, tiene mucho de consoladora, algo de santa.

Pierrot ve el claro de luna, por costumbre, pero ya ha dejado de amar a Seléne, la princesa clorótica. Ha corporizado su amor etéreo. Colombina es una *fanciulla* sana, de carne y hueso, napolitana de color fresco y manos diminutas, y que se ríe de una manera loca y alborotadora. Pierrot-Tonnio ama, traspasando el velo de la ficción pantomimesca, a la mujer que la encarna. Ama a Nedda, la mujer de Cannio. El eterno drama! Para gozar la vida, que es breve, y que resulta una carga abrumadora, es necesario tinturarla de amor. El amor es un color puro;

y se matiza a la luz, en mil cambiantes tentadores.

Rueda el carretón desvencijado. Rueda por la carretera polvorienta y accidentada. Rueda por las aldeas silenciosas. Rueda por las estepas siberianas, por los africanos desiertos, por los ardientes páramos argelinos, por las soledades de la Crimea, por los animados villorrios españoles. El carretón va por todos lados. Tomasso Bescapé es un empresario genial. Su tosca piqueta hace brotar de la peña más árida, copiosa vena de céntimos, y florecer, como los helechos, las coles y los nabos.

Después de una larga correría, como etapa de un costoso traslado, estacionan por la noche en el rincón de una pradera, bajo el pabellón del gran cielo estrellado, cerca de un riachuelo que murmura, y en el que Hércules pesca hermosas truchas con que enriquecer la cena exigüa.

Mientras tanto, Tonnio hace una pirueta, al bostezar; Nedda, remienda sus mayas, junto al fogón de ramas secas; Cannio, lleno de felicidad, da de beber, en un cubo de madera, al caballejo que estira su pata acalambrada. Ladra el perro saltarín en su jaula de madera. El burro sabio ramonea plácidamente sus hierbas, al compás del balanceo de sus grandes orejas peludas. Y sobre el zinc del techo del carretón, Mimo, el mono, se rasca la barriga con movimientos cómicos. Y más arriba, desde el cielo, la luna llena, como cara de anciana bien cebada, incrustada entre millones de estrellas, les mira con ojos maternales. Son sus hijos, los pobres vagabundos de las barracas, los tristes soñadores desamparados.

He ahí como la vida es feliz con tan poco. A esa hora, las primeras del poema leoncavalesco, todo es de rosa, en medio de la negrura de la vida.

En habiendo amor, el puchero sabe a gloria. Los besos lo sazonan como el más rico y más viejo Burdeos de las bodegas francesas.

Cannio se ve, todo entero, alma y cuerpo, en los ojos de Nedda. Esos ojos, para él, son tan limpios,

dicen tánto! Negros son; pero en ese lago de sombras, todavía no ha naufragado ninguna alma incauta, ni ninguna ráfaga de brisa pliega la tranquilidad de sus ondas.

Van de pueblo en pueblo, de aldea en aldea. Ella echa la suerte, toca el pandero, pone la mesa en la pantomima, desdeña a Arlequino, y ríe, ríe, ríe, en una serie indescriptible de escalas cristalinas y con una jovialidad estupenda. Él (la blancura que es por ahora solamente cómica), da los pasos festivos y quiebra las elasticidades felinas de la pantomima. Hay momentos en que tiene algo del tigre. No temáis nada de él! Es solamente un gato que se descoyunta entre su traje bombacho, bajo su gorro puntiagudo que remata un sonoro cascabel. Es un gato que ronronea, se aliza los pelos, y que, enroscándose entre las cenizas, se duerme tranquilamente.

La vida también es una pantomima, en que Pierrot lleva máscara y Colombina se disfraza de mil maneras. Siempre el final de esa pantomima es bufonesco. Rarísimas veces tiene el valor de acabar teñida en sangre, o de extinguirse con dignidad. La cobardía se disfraza de valor. El mono se pone frac y condecoraciones, y adquiere un título académico, o es "Padre de la Patria". El asno siempre es y será asno, a pesar de lo cual, a veces, suelen llamarle "Grande hombre", y merecer honores incontables. Así es el mundo: sin plan preconcebido; en pleno desbarajuste: tristemente cómico y tristemente despreciable. No hay por donde poder tomarlo a lo serio; y si se tiene, por casualidad, la candidez de hacerlo así, se cae en el ridículo.

Y llega el momento en que en la ópera de Leoncavallo, ya no es todo alegría.

Los celos no han despuntado todavía. El marido ríe tranquilo y da de beber al caballejo, monda las patatas del puchero, retuerce el pescuezo al pollo, riñe con el trombonista, arma y desarma la tienda, entre risas y bromas. La sospecha se queda a la puerta de la barraca. Vacila sin traspasar el umbral,

o echar pie atrás. No tiene nada qué entrar a hacer; no tiene aún vida qué turbar ni paraíso que trocar en infierno.

Pero la venganza, en la sombra, acecha la ocasión. No usará del puñal clásico; pero pondrá en juego algo peor que el puñal: el soplo.

Tonnio, que ama como solo él puede amar, y que es despreciado; Tonnio, cuyo amor á Nedda es pagado á fuetazos; Tonnio, un Yago de barraca, cuyo querer es visto con desdén por ser "un amor de payaso", como si bajo un jubón de colorines no pudiese latir un gran corazón, como si una pasión no pudiera ir embadurnada de harina y hacer cabriolas; Tonnio, el también *poverino* Tonnio, va a vengarse, va a ser vengado. Su figura insignificante de paciente aguantador de puntapiés y de bofetones, se alza. Toma proporciones de héroe.

Bajo la listada lona de la tienda, a la sombra de la noche, la culpa llega, de puntillas. Nedda cae; y ante ella el cielo del amor prohibido rompe en mil albas de encantos desconocidos. ¡Oh! El beso robado al abrigo del misterio! La mirada a furto! La caricia a mansalva! La honra, pisoteada por morboso capricho!

Y desde entonces en la pantomima, la risa de Colombina tiene mil flexibilidades nuevas, mil gorgeos desconocidos, mil matices imprevistos. Es un pájaro, ebrio de felicidad, picoteando al sol una fruta madura, henchida de miel. La coquetería del guiñapo tiene su elegancia inconsciente. Las mayas se tiñen de nuevo, se rejuvenecen en la tina del teñidor; las lentejuelas cunden; la enagüilla almidonada, cruje con malicia; sobre el pecho, a la orilla del escote, las rosas abren sus broches, ¡nunca lo hubieran hecho!, y se desmayan en la intensa locura de su cálido perfume. Nedda se vuelve coqueta. Nedda ama. Nedda es feliz. Y Tonnio, ronda, ronda, como un lobo hambriento su presa. Sus ojos tienen vidreos de demente: sus labios sequedades de canícula; en su pecho se ha clavado la sospecha; y la ocasión, ¡esa terrible ocasión!, va a enclavar-

le en una cruz, como los leones en el trágico pasaje de *Salammbó*. Tonnio comprende una noche que Nedda no puede amarle nunca. Aquel corazón de mujer es ajeno; otro ha sembrado sus flores en aquel tiesto. Otro succe, con labios glotones, las gotas de rocío de aquellas corolas humanas; otro recoge aquellos suspiros de éxtasis, aquellas palabras balbuceadas en pleno paroxismo, que él busca y persigue a través de las miserias de la barraca.

Estalla entonces la gran tormenta. El corazón de Tonnio rebosa de hiel. Exige. El ruego es ya grito. La risa se convierte en mueca sardónica. ¡A otro lo suyo! Nunca!..... La muerte es preferible a ese tormento de condenado! ¡De otro! Pues irá a la muerte..... y no sólo. ¡Suya..... o de nadie! ¿Lo oyes, Nedda?..... El color de rosa primerizo del idilio se macula; se pone de luto. El rencor se agazapa, como un tigre que va a cazar, esperando la siniestra oportunidad de apagar su sed de exterminio.

Todo va tiñéndose de rojo. Huele a sangre. La careta cae; y el hombre, el Cannio confiado, el Cannio feliz, tiene mucho de fiera entonces. Ya no es gato que duerme entre las cenizas. La blancura de Pierrot ya no es la blancura cómica, se trueca en blancura trágica, en sudario. Se tiñe de púrpura, porque tiene necesidad de marcharse; porque es necesario que así sea. La cara, a través de la harina, tiene contracciones fúnebres. Su palidez es de cirio.

Y en medio del desperdigamiento de las risas de la pantomima, la punta del puñal busca los corazones traidores.

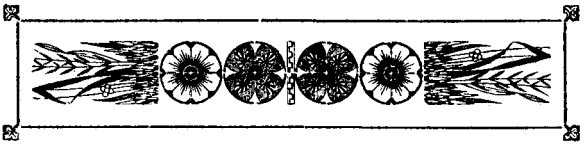
Ya no es el *poverello* payaso que canta sus *clans* desde lo alto de la engalanada carreta, entre la muchedumbre agrupada; es el Vengador que se alza, blanco, enorme, triste, sollozante entre dos cadáveres. Tonnio sonríe. ¡pero qué sonrisa! Parece una mueca. La sangre de Nedda y de Silvio le ha salpicado. No podrá jamás volver a reír con franqueza; no sabrá ya más lo bueno de la risa. Su risa tendrá pliegues; será una risa mortuoria.

La frase final: *la commedia e finita*, es de un efecto terrible.

La comedia ha terminado!..... El puñal, tinto en sangre, rueda por los suelos. Es odioso, pero es santo; es Redentor.

Pobre Pierrot! Ahora Seléne te ha recobrado por completo. Puede verte de nuevo, lloroso, desencajado, vagar indiferente, cuerpo viviente con alma muerta, huyendo del Ideal que tanto ambicionaste y que nunca lograste poseer. Pero ahora puede ofrecerte el consuelo de sus besos misteriosos, puede derramar sobre tus heridas dolorosas el bálsamo de sus caricias impalpables. Tu blancura ha entrado por fin en la sombra, como un claro de luna que se borra.

Enero de 1905.



Historia sentimental

ESTÁBAMOS en el taller de Ferracuti aquella mañana. Alberto dibujaba sobre un trozo de vitela asalmonada un marco de ornamentación rococó. Su lápiz corría ligero y ondulante, produciendo apenas un áspero rumorcillo que denunciaba sus evoluciones creadoras. Hojeaba yo, con calmosa lentitud, uno de los albums de las Exposiciones Venecianas. Dando las espaldas á la ventana, de codos en el velador; la luz fluía de lleno sobre la página, iluminándola con prestigios cristalinos. Mi acompañante, primerizo en visitas á aquel sitio, revisaba las academias de yeso y los trozos de tela, llenos de apuntes, que esmaltaban las paredes. Sobre un caballete, un San José, de Asti; sobre un estante, con algunos libros y portafolios, el perfil de un Apolo gallardo; una cabeza de Júpiter, barbuda y ceñuda; varios trozos de yesos, patinados por el polvo y el uso. Mi amigo lo curioseaba todo, con curiosidad femenil.

De pronto detúvose ante el molde de una mano.

—Preciosa mano!—exclamó, interrumpiendo mi agradable tarea (en aquel momento examinaba *La Tentación de San Antonio*, de Moreli, tocada de la suntuosidad del libro maravilloso de Flaubert).

Y luego agregó:

—¿Recuerdas las manos de Imperia del divino Theo?

Simultáneamente, por una confluencia sentimental los versos de Gautier surgieron en nuestras mentes y en la punta de los labios se detuvieron, como palomas al borde del caño de un alero:

Chez un sculpteur, moulée en plâtre,
J'ai vu l'autre jour une main
D'Aspasie ou de Cléopâtre.....
. . . . . .

Estábamos efectivamente en casa de un artista, y aquella mano, vaciada en yeso, podía muy bien ser la de la Imperia del poeta miliunochesco.

Mi amigo, de pie ante la academia, sentíase como hipnotizado. Su mirada acariciaba aquella forma con cierta lujuria sorda é impotente. Le seducía la blancura de aquel yeso, que daba toda la ilusión de una morbidez extrema, supina, tal, que rechazaría la presión más leve de los dedos que intentaran profanarla. Tentábale la gracia de aquellas líneas; aquellos dedos, finos y largos; aquellas yemas que hacían pensar en lo dulce que sería morderlas hasta hacerlas salpicarse de gotas de sangre, como un lirio de gotas de rocío. E idealmente besaba, con beso húmedo y prolongado (un beso agotante, que se pegaba á la carne como un pulpo) aquel dorso en que las venas se dibujaban, en azul, como tras un cristal el agua del mar.

Y proseguía, fijos los ojos en la provocadora academia:

A-t-elle joué dans les boucles
Les cheveux lustrés de don Juan,
Ou sur son caftan d'escarboucles
Peigne la barbe du Sultán.....
. . . . . .

Cuando más tarde nos despedimos de Ferracuti, mi amigo llevaba, envuelta en una *Tribuna* romana,

bajo el brazo, la mano de Imperia, con el cuidado con que un devoto sopesaría la más sagrada de las reliquias.

Caminando me dijo:

— Iremos, si te parece, á tomar algo. Tengo sed, mucha sed. Mi contemplación estética me ha cansado. Me parece que acabo de concluir una jornada de veinte leguas..... Te contaré una historia que ahora, estimulada por el hallazgo de esta mano de yeso, *revive* en mí.

Fuimos al café. Y allí, en un rincón de la salita interior, y después de desenvolver la mano y acariciar, en silencio, con el dedo índice, todos sus contornos, mi amigo soltó la espita, mientras yo le oía en silencio, observándole á la cara, ó garrapateando con mi lápiz la esquina de un diario que allí estaba. Nos encontrábamos solos, por fortuna.....

—.....¿Sabes tú cuál es y será mi mayor deseo por ahora, algo que de noche, sólo en las sombras de mi dormitorio, deseo de una manera vivísima? Que esas dos manos suyas (mi amigo estaba enamorado de una de nuestras más hermosas mujeres, de la cual corrían historias un poco galantes, y con quien sostenía activa correspondencia), que esas dos manecitas que tú has visto en misa, sosteniendo el devocionario, resaltando en cándido relieve sobre la pasta, se queden abandonados, por largo rato, entre las mías.....un largo rato.....un largo rato abandonadas entre las mías..... Así, aprisionadas esas dos manos! Así mías!.....Un sueño todo. *Manos blancas en la sombra!*..... Fija la atención, compenetrada en esa *idea*, llegan á tomar cuerpo, á palpitar esas dos manecitas..... Dos lirios aparejados..... Tengo la obsesión de las manos. Las manos perfectas me hacen delirar. Lo primero que veo en una mujer, imprescindiblemente, casi de una manera involuntaria, son las manos. La mano desnuda, libre; esas manos que, como á Dechartre, en *Le Lys Rouge* de Anatole France, le parecía *qu' elles étaient nues par volupté*. Y te confesaré que odio los guantes; es una invención necia y estúpida..... Alguna mujer

que tuvo manos feas, trató de ocultarlas así á los ojos de su amante..... Te haré una confidencia: un *dato*, morboso tal vez, pero que á mí no me lo parece. Y esta es la historia que te prometía. Escucha, si quieres.....

Y removiendo con la cucharilla el fondo de su copa, y bebiéndose de un sorbo todo el vermouth, prosiguió:

— Una mujer me había hecho ilusión. Era casada con un abogado, un buen hombre, maduro, que parecía quererla..... pero á quien la ataxia inutilizaba. Sabes tú, esa azotadora de hombres que los médicos nombran *Enfermedad de Duchenne*. Sufría mucho el pobre viéndose acabado, inútil, una ruina, y á su mujercita, en todo el esplendor de su otoño, que es cuando la mujer es más provocadora..... Después de los cuarenta años..... cuando en esa lira todas las cuerdas están prestas..... y no hay que trabajar en prepararlas..... Cuando la boca ha madurado, como la uva al sol, y ofrece á nuestros labios sedientos toda la embriaguez de su jugo.

La veía en un paseo todas las tardes. Cierto amigo me dió minuciosas referencias suyas. La miré larga, profundamente, muchas veces; y la mirada, como tú sabes, pocas veces miente: todo lo denuncia. La mía le decía que la deseaba ardientemente..... Mi mirada era una mirada de toma anticipada de posesión; la "mirada desnudadora" de Octave Mirbeau. La seguí; fuí su sombra; concurrí con frecuencia al teatro a que ella iba. Y durante toda la noche, desde mi butaca, no le quitaba ojo de encima. Mi mirada buscaba su cuello, más blanco que las perlas de su collar, y pensaba en los besos que podría humedecerlo..... Llegué hasta á esperar hecho un bobo, muchas veces, á la puerta de la Casa Pará, al lado de su carruaje, para verla subir. Ella se fijó por fin en mí, una tarde de concierto..... Recuerdo que tocaban la obertura de «Les Mucisiens» de Flotow..... una preciosidad!..... Me miró algunas veces, fijamente, como desafiando la insolente insistencia de la mía. Me miró..... por sobre las cla-

vículas de su marido, que se dibujaban, con sequedad geométrica, bajo el *cheviot* de su levita. Alentado por lo acontecido, fuí un poco más lejos. Pasé, y repasé su calle..... (No caviles, querido, que lo harás inútilmente.....Esa escena erótica, mejor, *erotomaniaca*, no aconteció aquí, á pesar del disfraz). Las primeras veces, inútil aquel bureo..... La avenida en que ella vivía era ancha, y bajo la sombra de los álamos, en plena frondosidad entonces, había ringlas de bancos de piedra. Me estacionaba en uno, frente á su casa, y leía los diarios de la tarde.... ó veía correr el agua en los canales. Un día ella se asomó..... como por casualidad (pero tras los vidrios había percibido su silueta todas las tardes que yo llegaba). Esa vez sentí su mirada gravitando francamente sobre mí; mis nervios vibrando, como que se exasperaban bajo aquella indignación, parecía que iban á saltar hechos añicos. Me fijé. Sus ojos eran negros, y eran grandes..... pero no eran de ensueño, de esos ojos en que la luz se diluye y, como que se duermen, y que hacen divagar..... Eran negros, y eran grandes, aquellos ojos, fijos en mí desde un segundo piso.....

Y otras tardes iguales..... Y otros diarios leídos sin darme cuenta siquiera..... Servían de trinchera aquellos pobres papeles impresos, en los que á veces había artículos míos.

Un día la casualidad quiso que en una *kermesse* en la Quinta Normal, ella estuviese con una amiga, al frente de un puesto de flores. Sobre la mesa, en las bandejas, había tal aglomeración de flores, que su busto, acorazado en un corpiño de seda magenta, deslumbrante al sol como un broquel de pedrería, hacía pensar en una hada de la Primavera que emergiera de entre los restos de aquel jardín decapitado. .....Yo iba con un amigo, de esos que comprometen (y yo soy poco amigo de ridículas genuflexiones sociales). Al vernos acercar, al reconocerme, sonrió.... (su sonrisa era carnal..... la pulpa se ensangrentaba con el brillo de la humedad que la punta de la lengua le prestaba al repasar continuamente los la-

bios..... Nada, ni remotamente, había de espiritual en aquella sonrisa. El contraste de esas sonrisas tenues, casi impalpables, que recuerdan á las convalescientes..... á quienes con cariño, con delicadeza suma, se les hace beber una tizana, ó se les acomoda mejor entre los almohadones). Sonrió al verme..... Cerca ya, el brillo de su sonrisa que provocaba, casi me hizo sufrir un vértigo..... Después *oí* su voz. Algo de recuerdo lejano de música; pero muy lejano..,.... Voz de una pastosidad encantadora. A mi amigo le alargó un crisantemo blanco; á mí, un clavel rojo, sangre de toro, ó lacre inflamado. ¿Habría un símbolo en ello?..... En ese movimiento de donación, mis ojos buscaron los dedos, la mano toda que alargaba una flor..... Era pequeñina, cargada de sortijas que la iluminaban, con los destellos de sus gemas, de una manera fantástica. La mancha sanguinolenta de la flor española detonaba bizarramente sobre aquella suntuosidad. ..... Qué mano! Larga, estrecha, perfecta casi..... A cualquiera menos rebuscador de necias estéticas, le hubiera parecido deliciosa, digna de mojase á besos. En mí fue una decepción..... No sabré decirte por qué, pero me sentí, de momento, invadido de una profunda tristeza ante aquella mano qne no respondía á mi deseo. Siempre una decepción produce melancolía.

Intenté olvidar la imagen de aquella mano en la actitud de alargarme un clavel rojo. Los primeros días *la veía* por todas partes..... Me perseguía, me obsesionaba cruelmente..... Era un pecado!..... Créeme: hay recuerdos que son como un castigo..... Recuerdos penitenciarios, recuerdos flajeladores..... *Mis manos* eran eso. Un crimen que purgaba!..... Un tormento! Pero un día, impensadamente, se borró ella misma, sin esfuerzo. Parecía que por la imagen hubieran pasado una húmeda esponja milagrosa. Parecióme como que me hubieran quitado de encima un peso que me abrumaba. No recordé más la mano..... No volví á la avenida, á leer diarios en el banco de piedra, ni á ver correr el agua por

los canales sonorosos. *Ella* había comprendido también el desastre de nuestra fábula. Cuando nos encontrábamos, me veía..... pero con risible seriedad,.,.. ó encadenaba con su meñique un dedo de la mano de su marido, mirándome por el rabillo del ojo con insidiosa sorna..... Yo desfilaba con la más absoluta indiferencia; la *veía*, pero, al verla, no *sentía* nada dentro de mí..... Es algo curioso el encontrarse, después de cierto tiempo, con una mujer que ha estado á punto de volvernos locos!.....

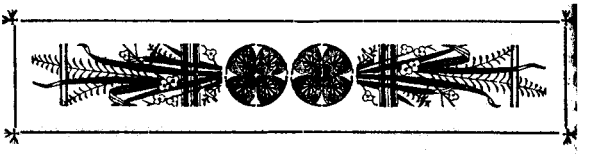
Y basta de manos olvidadas. Manos que yacen en la sombra del pasado.....

Ahora quisiera tener las *nuevas manos* que tú sabes; tenerlas un momento entre las mías!..... Por un capricho, solamente..... Acariciarlas un momento. aunque después fuesen á unirse á las otras, perdidas para siempre. Aunque esas manos fueran una nueva desilución, una uueva cruz en el cementerio de mi alma.

. . . . . .

Cuando mi amigo acabó de hablar, yo daba el último toque á unos bigotazos á lo Víctor Manuel, cabalgando sobre el lomo de una botella de Pernot.

Febrero de 1905.



Paisaje del camino

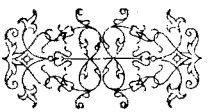
CAE perpendicularmente el sol, encendiendo ofuscantes reflejos en el polvo calizo de la carretera. Es la hora del mediodía, la hora propicia en que los garrobos toman el sol en la cúspide pelada de los árboles, y en que las culebras se enrroscan, amodorradas, entre las requemadas macollas. La naturaleza toda parece aletargada, sumida en un sopor de plomo, en el que apenas repercute, estridente, el agrio chirrear de las chicharras y los chiquirines. A ambos lados del camino se enristran, hasta perderse de vista, las cercas de piña, cuyo verde de esmalte, deslustra espesa capa de polvo. Las enredaderas, interpoladas entre las pencas espinosas, se han marchitado; y el entreveramiento de sus bejucos tostados, figura enjambre de vívoras en celo. La hora es ardiente. Los pájaros enmudecen, dormitando la siesta. Solo unos cuantos pijullos resisten la temperatura, saltando con torpezas de tullidos, por entre los barejones de las escobillas, armando una batahola de mil diablos. Para los pijullos la hora del mediodía, es hora de delicias, y en medio al fuego canicular, ellos están como en su elemento, felices y satisfechos. En la soledad de

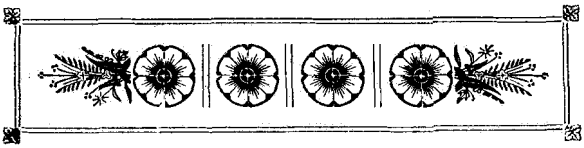
un potrero, unos cuantos bueyes, echados a la sombra enrarecida de unos hüachipilines, rumian despaciosos, lentos, entrecerradas las pupilas, la última brizna de hierba ramoneada. Los moscardones les acedian tenazmente, entre zumbidos que repercuten con vibraciones de bronce; pero ellos parecen no darse cuenta, sumidos por completo en la beatitud del momento. El cono de paja de un rancho, resplandece como una colmena de oro. Al abrigo del corredor, sobre el suelo apisoneado, unos perros éticos dormitan, mientras unas gallinas les picotean entre las costillas, persiguiéndoles las pulgas. En el poyo, el rescoldo humea. La mano descansa en la piedra de moler acabada de lavar. Unos cuantos pollos desplumados revuelven en un rincón un destripado matate de tusas. El rancho duerme, rodeado de las inmóviles matas de plátano, bajo la lluvia de flores rosadas que botan los carahos.

En el promedio de la carretera, entre los troncones macheteados de unos quijinicuiles, y al abrigo de sus tupidos follajes, están, desunidas, hasta ocho carretas, cuyo cargamento cubren cueros de res sujetos por redes de lazos. Los bueyes desenyugados, apersogados a los troncos de los árboles, mascan el hüate desparramado. Las doradas hojas, los tostados tallos, crujen entre los dientes que los trituran. Bajo la cama de las carretas, sobre el caldeado colchón de polvo, con la charra embrocada a la cara, los carreteros duermen a pierna suelta. Por entre la abierta sesgadura de la camiseta grasienta, el velludo pecho asoma, que ronca como fuelle en acción. Los moscardones zumban, y la monotomía de sus monocordios, arrulla el descanso de los rudos trabajadores. Por el tupido follaje de los quijinicuiles, cuelan encajes de sol, que se calcan sobre el piso, poniendo en la uniformidad gris de la capa de polvo la alegría de frágiles bordados de oro, como en una frazada de gigante.

De pronto, una nube de polvo se levanta a lo lejos, al término del camino. Primeramente aparece fija, como si fuere la humareda de una quema; lue-

go por momentos, se agranda, al acercarse, ascendiendo en espeso manchón que se dilata ensuciando la limpidez reververante del cielo en que el azul es de cobalto. Entre la columna de polvo, suena el pisotear de una recua de mulas cargadas, que llega, que pasa, que se aleja, estimulada por los propios pujidos, y por el restallar de los azeales. Y conforme la estruendosa recua se aleja, la espesa nube de polvo se aclara poco a poco, descubriendo trozos del paisaje, hasta que la última partícula se asienta, y todo, uniformemente, brilla como antes, bajo el sol ardiente e impetuoso.





INDICE

La Semana Santa en el pueblo 5
Historia de mi primer artículo 18
La víspera del día de la Cruz 27
El vendedor de "Minuta" 32
La velación de San Jerónimo 36
Con motivo de "Pagliacci" 44
Historia sentimental 51
Paisaje del camino 58

ESTE LIBRO SE ACABÓ
DE
IMPRIMIR EN LA IMPRENTA NACIONAL
EL DÍA 16 DE MAYO
DE 1913